

Hasta que surge el primer encuentro, o, más bien, el encuentro definitivo. ¿Cómo desligarse, en efecto, de esos lazos tan estrechos y sueltos a la vez, que a través del aire tiende quien firma: “Yo les quiero mucho, aunque calle” o “Un abrazo tierno y mi esperanza” o “Hasta prontito, tu vieja amiga Gabriela” o “Seré muy feliz de que hablemos largo” o “Yo les quiero (...) como si les quisiese desde siempre”? Con razón, con qué enconada razón sale Alegría al encuentro de la maledicencia: ¿Gabriela Mistral, una mujer viril? “Mientras hablaba de sus luchas y dolores, unas veces encendíasele el rostro como si tuviera fiebre, y otras adquiría una pálida rigidez de tronco seco. Sus ojos verdes brillaban más que nunca. Leyendo los versos, tal brillo fue aumentado por el de las lágrimas contenidas, que acabaron por rodar lentamente (...) El dolor fue como una tempestad imprevista que estallara. Su dolor tenía raíces de amor. Para Gabriela Mistral, el amor significó, de modo casi exclusivo, tormento”.

El retrato es, como puede observarse, de primera mano. Y tiene las virtudes y carencias de esa falta de objetividad que es el maravilloso privilegio del amor. Nada mejor que él para penetrar el mundo interior hirviente de esta mujer que, bajo las costras de una piel aindiada o bajo la tosca sarga de sus vestidos, esconde no una diosa ni una diva, sino escasa y hermosamente eso: una mujer. El recorrido de Alegría no va a lo largo ni a lo ancho —como sucede en su novela *El mundo es ancho y ajeno*—, sino hiere y hace fama en lo más medular. Un rayo láser, claro, no una vivisección. Y si el núcleo existencial de Gabriela se revela a punta de fulgores, ecos y chispazos, ello se debe a la espontaneidad que implica la reconstrucción del otro cuando entre ambos sólo media el recuerdo. Pero no un recuerdo longitudinal, por decirlo en líneas, sino un recuerdo actualizado en la vitalidad recurrente de los círculos concéntricos.

No otra es la estructura de esta visión; no otro el método de develamiento. Y por eso, más que por una exactitud difícil de medir y, a fin de cuentas, no interesante, la visión impacta. Porque es única, personal e intransferible, como único, personal e intransferible es, qué duda cabe, el amor.

Y si el *Prólogo* de César Miró está de más, aunque trate en apariencia de Alegría —en realidad, como suele ocurrir, sólo trata en último término de sí mismo—, con el esbozo de Roque Esteban Scarpa *Para un retrato de Gabriela* ocurre exactamente lo contrario: el centro al centro, es decir, a Gabriela y el autor. “Me dejó usted, Ciro, esa alegría particular de ver y tocar a un veedor. Son muy pocos, Ud. lo sabe. El mundo hierve de copistas”.

A Antártica y Dora Varona, la recopiladora póstuma y viuda del escritor peruano, los reconocimientos del lector, hoy y siempre. Porque, como dice Gabriela, “también se escribe con el cuerpo”.

ANA MARIA LARRAIN

ADIÓS, POETA...

De Jorge Edwards

Tusquets Editores, 1990, 313 páginas

<https://doi.org/10.29393/At462-20APTD10020>

*Adiós, poeta...* es varias cosas a la vez: el retrato vivo de una devoción, la de su autor por una de las mayores figuras de la poesía contemporánea: Pablo Neruda, amigo personal, maestro, compañero, jefe, punto de referencia y marca de una época; pero también un personalísimo memorial en el que su protagonista —el narrador y diplomático chileno Jorge Edwards— no sólo relata su propia trayectoria vital, política y literaria, sino que retrata, como un privilegiado espectador del medio siglo, el paisaje de la historia reciente de su país, y aun la de Hispa-

noamérica, un paisaje vivo que discurre ante la imaginación de sus lectores con la simplicidad de la confidencia y los tonos distendidos de la anécdota, como si durante algunas horas se compartieran café y copa con su autor en amable sobremesa.

Jorge Edwards se ha propuesto contar todo lo que sabía de Pablo Neruda; del hombre, del poeta, del político, y su testimonio da cuenta de un personaje que asimismo es un pretexto —en sentido estricto— para dar conducto a sus memorias. Unas memorias que, de forma errática, a través de encuentros, tertulias, despachos, cenas, conciliábulos, nos presentan su vida personal, literaria, diplomática y política, desde los años cuarenta hasta nuestros días: las agrias y virulentas, aunque histriónicas disputas entre los seguidores de Neruda, de Huidobro y de De Rokha; la fascinación por las ideologías y sus servidumbres: Aragón, Ehrenburg, Malraux, etcétera; la esperanza y el desengaño de la revolución en sus versiones europea e iberoamericana, del XX Congreso del PCUS y la invasión de Hungría a la caída de Allende, pasando por Fidel Castro y el caso Padilla; la influencia de las vanguardias europeas en Iberoamérica y sus detractores; París; el “boom”; el cadete Vargas Llosa, Fuentes... Los padres y los hermanos mayores: Alberti, Guillén (el español, el bueno) y Nicolás, Lezama, Carpentier, Parra y también Paz y Cortázar. De la adolescencia a la madurez, el autorretrato de un escritor y de sus contemporáneos bajo el retrato de Neruda.

Testimonio de una filiación generacional, la visión de Pablo Neruda que Edwards nos presenta dista mucho de la estatua que se ha querido erigir, según sugiere el autor, con su figura, lo mismo la del amante feraz que la del militante y defensor sin fisuras de una causa, la del comunismo, en su versión más ortodoxa y cruel: la estalinista. Amante escindido entre dos amores, uno platónico y otro en el centro del mundo, para Edwards, Neruda habría de compartir a lo largo de su vida privada tanto como en la política y literaria la fe ciega, el romanticismo, la exaltación con un melancólico pesar, con la duda inteligente y con esa suerte de íntimo desgarró, el del silencio conturbado, que ha sugerido Mario Vargas Llosa.

De los amores de Neruda, Edwards apenas cita a la inspiradora de algunos de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, Albertina Azócar, así como tampoco a su primera mujer, María Antonieta Aгенаar, a quien conoció en Java y a la que bautizó como la Giganta. En cambio, sí nos brinda una breve semblanza de Delia del Carril, la Hormiga, veinte años mayor que el poeta y a la que conoció en Madrid gracias a Rafael Alberti, quien le dirá a Edwards: “Ella era la comunista”. Neruda la bautizó así “no por su tamaño”, pues era “más bien alta, garbosa, sino quizá por su perseverancia y acuciosidad en materias políticas y artísticas”. Culta, de familia adinerada, comulgante sucesiva de dos religiones —la católica y el marxismo—, Delia “militaba con abnegación, con obcecación y con disciplina”, pero era enemiga de las pequeñas cosas y ama de casa “más bien olvidadiza”.

Matilde Urrutia, que acompañaría al poeta durante el resto de su vida, fue en casi todo la antítesis de Delia del Carril: decidida ama de casa, enemiga del desorden, “baja, de boca gruesa y cabellos rojos, atractiva”, una “mujer de pueblo bastante más conservadora, ajena por completo a la mala conciencia burguesa” y que “perteneía, paradójicamente, a una de las familias de tradición comunista que hay en Chile, en la que se encontraban nombres de pila tan extravagantes como Pravda, El Siglo, Lenin o Stalin”.

En cuanto al Neruda político, Edwards no recrea a quien durante muchos años, desde la década de los treinta hasta mediados de los cincuenta, desde la guerra de España hasta el XX Congreso del PCUS y la invasión de Hungría, actuó con una fe casi ciega en los dictérios de Moscú, y a quien se deben intrigas, disputas, condenas sumarias de poetas y escritores que no comulgaban con la ortodoxia estalinista. En este anecdótico personal le recoge mucho después, y nos muestra no al militante sin fisuras, sino al hombre que pronto empezará a manifestar dudas y vacilaciones. Si “el Poeta de la casa de Los Guindos —dice Edwards—, el de la pri-



mavera de 1952, tenía respuestas claras para todas las cosas..., hacia mediados del año 57, las respuestas claras, las afirmaciones militantes y luminosas, empezaron a oscurecerse de nuevo. Reaparecía el gusano de la duda”.

“Neruda mantuvo —afirma el autor más adelante— una actitud de reserva estricta, propia del militante fogueado, maduro, pero uno podía interpretar ciertos signos visibles, ciertas señales, y observar una notoria evolución de la obra poética”. Y así, el poeta para quien “el tiempo era una flecha dirigida hacia el futuro y que iba a dar en el blanco de la victoria definitiva y de la sociedad feliz”, “vuelve a fijarse en las cosas que le rodean, pequeñas o grandes, en la naturaleza omnipresente, que no trae mensajes verificables, como los habían traído esas olas del mar Pacífico que solemnizaban la muerte de José Stalin, o ese viento del Asia que era el viento de la revolución”.

Un cambio de actitud interior que se ocultaba en el silencio y que tendría su inicio con las denuncias de Kruschov, con la represión de Hungría, con la prohibición de Pasternak, para alcanzar su acmé muchos años después, en las críticas que, aunque sólo en privado, el poeta vertía contra la revolución cubana, una revolución “demasiado inmadura, retórica, izquierdista” aunque, “eso sí, siempre, o por lo menos cuando conversaba con los no comunistas, se preocupaba de dejar a salvo el hecho revolucionario en sí mismo. Los errores, los excesos, las arbitrariedades, el personalismo de Fidel y hasta la presencia de Fidel pasarían, pero la Revolución, en cambio, era un gran acontecimiento histórico, superior a las circunstancias y a las personas... Ahí, en esos ejercicios mentales, quedaba a la vista —concluye Edwards— el pensamiento platónico y el utopismo revolucionario de nuestro tiempo”

En fin, no busque el lector en *Adiós, poeta...* la mirada del ensayista ni la del intelectual. Jorge Edwards no es, en efecto, ni lo uno ni lo otro, sino un narrador y un hombre culto e inteligente que ejerce la crítica y que profesa una fe sincera en la literatura. Su propósito, más que aclararnos (aclararse) el destino y los designios de nuestra época por la vía del discurso o la pesquisa, más que dilucidar o disecar el pensamiento político o la estética literaria del tiempo que le ha tocado vivir, ha sido convocarlos desde la memoria. Y así, prefiere el testimonio personal, el retrato y la semblanza, por dispersos que sean, a la elucidación o a la prédica. Conversa con ironía, un punto de humor, afecto y a veces desde la distancia de un mero observador que da cuenta de sus pasiones y afectos literarios, de sus aciertos y desengaños políticos, y que de paso, y paso a paso, nos acerca una época y un mundo, tan suyos como nuestros, desde el perfil contradictorio de su experiencia. En esta levedad residen asimismo sus virtudes y sus defectos, la virtud y el defecto de lo inmediato.

TULIO H. DEMICHELI

(En el suplemento literario del ABC de Madrid)